

que el espectáculo de la inmensidad de agua nos produce?

Con nada. Los poetas cuando han escrito ante los grandes espectáculos que consecuentemente les han producido grandes sentimientos, es cuando más mal han escrito. Por ejemplo: la muerte. El atributo de un poeta es el don de la expresión, pero la expresión de su yo significa el uso de la palabra, que no es la medida de los grandes sentimientos, sino en boca de los hombres de genio. Posiblemente el silencio sea la medida de los grandes sentimientos. Pero el silencio es negativo, mientras que el sentimiento es positivo en la vida psíquica de cada hombre, lo que prueba que los grandes sentimientos son inexpresables o que nuestra palabra no alcanza a dar la nota tan elevada que ante las grandes sensaciones se eleva desde el fondo del espíritu humano. Lloramos para expresar nuestro dolor, pero nuestro llanto no lo expresa todo porque un poco de dolor ha quedado adentro. Nuestra risa no pudo expresar toda

la infinita alegría porque adentro ha quedado un gozo que no lo pudimos expresar.

III.— Honduras

Sentados en este portal que pertenece a una universidad yankee, pensamos a menudo en Honduras. Hemos estado pensando con fidelidad en Honduras. Nuestro pequeño país que por capricho de los hondureños dentro de 15 años llegará a ser una de las repúblicas más poderosas de Hispano-América. Será por capricho de nosotros, sus hijos, que Dios quiera arraigar en nosotros ese capricho; será, decíamos, un país sólo comparable a la República Argentina, el país más adelantado de la América Latina.

¿Que no es posible? Sí, no es posible impedir el que Honduras llegue a ser una fuerte nación dentro de 15 años. ¿Por qué? Porque no es posible destruir el capricho optimista y *deseo de mejoramiento individual*, que se arraigará como raíz de roble en el alma de cada uno de los hondureños.

En todos: desde el indio de Intibucá hasta el señorito artificioso de Tegucigalpa. Entonces sólo una cosa hace falta,

pero tampoco esa hará falta, de hoy en adelante: confianza en sí mismo y deseo de trabajo. ¡Arriba todos!

Arturo Mejía Nieto

Carleton College, Minn (U. S. A.)

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.

Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	\$ 6.00 oro am.

AVISOS:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

nado con mi *trabaco*, canalla! —me decía medio rabiando, medio llorando.

Cuando me hacía enojar mucho, yo gritaba también y más fuerte que ella.

—¡Déjame en paz! ¡sos una gringa de porra! ¡No me incomodés, que te puede costar muy caro! ¡Callate la boca, y más que ligero! ¿eh? ¿me has entendido?... ¡Si no no te callás, te va a pesar!

¡Era que entonces me acordaba de lo del casamiento y del papel que me había dado el cura, pero sin intención de largarla, pobrecita!...

Quiso esconder la plata, pero, ¡por dónde no la iba a encontrar yo, cuando me entraban ganas de echar una talladita al monte o hacer un truco de cuatro! Y Carolina, al ver que se la había pispado, gritaba y maldecía primero, y después se metía a llorar en un rincón.

—¡No es por la plata! ¡no es por la plata! ¡Es que veo que no me querés y que no pensás en mañana.

—Dejá, hijita—le contestaba yo entonces, amansado por sus lloriqueos.—Ya verás cómo nos desquitamos! ¡No te aflijás, sonsa! ¡si hemos de ser muy felices!

—¡Ah, Madona, Madona mía! —suspiraba la gringa.

...En cuanto creí que el zaino estaba en punto de caramelo, me apronté a dar el gran golpe. Lo había tenido tapado, como ya les dije, y no lo conocían más que dos o tres amigos,

que pensaban jugar fuerte a sus patas, y que no me iban a descubrir ni por un queso.

Un domingo de madrugada agarré y lo tuse desparejo, lo entrepelé, le llené la cola de barro y abrojos, y lo puse, en fin, que parecía el último matungo de una chacra de gallegos. Después le puse un apero viejo, y encargué a un peón de lo de Torres, que tenía comprado, que a la hora de las carreras cayese montándolo, a la pulpería. El peón se llevó el parejero.

—Hoy voy a correr con el zaino,—le dije a Carolina.

—Déjate de esas cosas—me contestó.—¡Qué carreras, ni carreras! El juego es la perdición del cristiano.

—Esta vez estoy seguro de ganar! Al zaino lo he puesto desconocido, lo van a tomar por un sotreta, y ya verás la panchada de pesos que nos ganamos!

—Prometéme, al menos,—dijo la gringa, aprovechándose al verme blandito;—prometéme al menos, que si de esta hecha perdés, no vas a volver a jugar.

—¡Mirá, por éstas!—le contesté, besando la cruz de los dedos...

X

QUE quieren que les diga! Principió a caer gente a La Polvadera, se llenó como la misma plaza de Pago Chico para un veinticinco de Mayo. Se largaron varias carreras. Corrió el

coperio, que no dábamos abasto para despachar. El paisanaje se calentaba ya de lo lindo, cuando llegó el peón con mi zaino.

Había un tal Contreras, que le tenía mucha fe a su crédito, un tordillo ligerón, es cierto, pero no gran cosa. Mi parejero no tenía ni para empezar.

Contreras era diablón mal intencionado, peleador de alma atravesada, y jugaba platales que se agenciaba no sé cómo: dicen que se los daba el pillo del escribano Ferreiro, para que le guardara las espaldas, y para que asustara a sus contrarios políticos... ¡con nada! palizas y hasta puñaladas y tajos si mal no venía.

—¡Lindo su tordillo!—le dije, eligiéndolo de ahijado, porque era un hombre de meterle un cien y es lo que me convenía.—¡Lástima que se haya puesto tan gordo!

—¿Gordo? ¡No embrome! Está en carnes, compadre, y es capaz de tragarse al más pintau. Y eso, que venimos de lejos...

¡Mentira! Hacía una semana que lo tenía descansadito en el Pago, preparándolo.

—¡Bah!—le volví a decir para calentarlo más.—En cuanto principian a echar panza...

Me miró riéndose para que no le conocieran la rabia.

—¡No cargue, que no hay quien lave, paisano! Si quiere verle la panza, tiene que ponerse antiojos. Y, barrigón o no,—si-

guió gritando:—¿a ver quién es el mozo guapo que quiere perder cien pesos?

Muchos se acercaron y nos rodearon.

—En ese estau del caballo,—le contesté sobre el pucho, medio riéndome,—yo le corro con cualquier maceta.

—¡Oiganlé! ¿Y con cuál?

—Con este zaino abrojudo, sin ir más lejos. ¿Me lo empuerista, paisano?

—¡Cómo no!—contestó el peón que lo había llevado.—¡Corra no más!

Contreras miró con atención el caballo, lo palmeó, lo hizo andar un poquito.

—Este mancarrón no es lo que parece,—me dijo.—¡A mí con l'uña! Pero... porque no se diga... le corro, ¡bah!

—¿Por los cien pesos?

—¡Y entonces!

—¡Depositemos!

—¿Depositemos? ¡Avisé, compadre!—rezongó, revolviéndose los ojos.

Yo, sabiendo que aquello quería decir pelea, me callé la boca, desensillé el zaino, le puse bocado y una jerguita, me saqué el saco y el chaleco, me hice una vincha con un pañuelo colorado, y ¡ya estuvo!

El paisanaje, caliente, jugaba a raja cincha. Muchos ofrecían doble a sencillo contra mi zaino. Yo agarré una punta de paradas, y los amigos que sabían de la cosa, de consiguiente.

El tiro era de dos cuadras.

(Pasa a la página 300)